



# SAN BENITO Y LOS PRINCIPIOS DEL ARTE ESPIRITUAL

*Por Gustavo Canzobre*

*¡Oh! Soñado convento  
donde no hubiera dogmas,  
sino mucho silencio...  
Una gran biblioteca,  
un vastísimo huerto  
con recodos de sombra,  
de quietud y misterio,  
y en él un telescopio  
para asomarse al cielo,  
¡para mirar siquiera  
la Patria desde lejos,  
mientras llega el instante  
de volver a lo eterno!*

**Q**uince siglos antes de que Amado Nervo cristalizara en estos versos el anhelo del alma que, enamorada de lo eterno, anhela encontrar un espacio que le permita concretarlo, nacían en una comarca montañosa de Umbría, en la pequeña ciudad de Nursia,

perdida entre los montes sabinos, dos gemelos, un niño y una niña, que al ser bautizados recibieron los nombres con que luego serían celebres patronos de todos los monjes y monjas del occidente cristiano: Benito y Escolástica.

Sabemos que su hermana fue consagrada a Dios desde muy pequeña, pero casi nada se sabe de la apacible infancia de Benito, transcurrida en la holgada casa de sus padres, integrantes de una familia patricia de la nobleza rural. Sólo que al llegar a los quince años parte, como todo hijo de patricio, a estudiar en Roma, las llamadas artes liberales, entre las que sobresalían la retórica y el derecho.

Poco conocemos de lo ocurrido allí, más que el desagrado que la vida propia de aquella descarriada ciudad bárbara de la época, a la que azotaba no solo la peste y el hambre, sino la decante enfermedad que azota a todo imperio que supo serlo y ya no lo es. El contraste entre los apacibles valles de su tierra natal, y los lúgubres arrabales de la gran ciudad, impactarían seguramente al alma de Benito. Y serían las razones que lo llevarían a desertar, no sólo de su educación sino también de su casa paterna y sus posesiones. Acompañado de Cirila, su nodriza, que estaba a su lado desde infante, partió hacia Enfide, a unos 30 kilómetros de Roma, buscando nuevamente la paz de los montes. Consciente aunque ignorante, iletrado pero sabio, como dice San Gregorio, su único biógrafo de la época, marchó hacia la soledad en busca de Dios.

Sin embargo un acontecimiento fortuito no le permitiría a Benito permanecer en paz en aquella aldea. Cirila había roto una vasija de barro que había pedido prestada a una de sus vecinas, y al llegar Benito a la casa la encontró llorando, desconsolada, por la vasija rota. Conmovido por el dolor ajeno, se arrodilló en el suelo y comenzó a orar, también con lágrimas, movido por la congoja. Para su sorpresa, cuando se incorporó, la vasija estaría entera nuevamente sin rastro alguno de rotura. La tomó en sus manos, y la entregó a Cirila, para consolarla. Eso bastaría para que la anciana comenzara a divulgar la noticia en la comarca de que allí vivía un santo. Cuando Benito descubrió que la vasija había sido colgada encima de la puerta de la iglesia, como objeto de veneración, entendió que debía partir y seguir su llamado divino, alejándose de aquel ambiente de veneración y fetichismo que para nada complacía la sed de su alma.

Y así fue que una mañana muy temprano, (sin otra compañía, al decir de la santa Hildegarda, que la de dos ángeles que protegían su camino), partió en busca de la añorada y hasta ahora no encontrada soledad. Ésta no se haría esperar. Cuenta noveladamente Pieter Van den Meer:

*“Llegó junto a un lago, a unos sesenta kilómetros de Roma, al que alimentaban cristalinos y helados torrentes y se precipitaba en forma de río hacia el Anio. El joven miró a su alrededor y se sin-*

*tió feliz: se había apoderado de él la gran nostalgia por la paz divina. Reinaba allí tal quietud y silencio, y el aire era tan puro”<sup>1</sup>*

Aquel era el lugar. Allí Benito se encontraría con Romano, un monje proveniente de un pequeño monasterio cercano, que le explicó que se encontraba en Subiaco. Comenzaron a departir y, ante él, Benito abrió su corazón confesándole su vocación eremítica.

El monje, le guió hasta una gruta casi inaccesible en la escarpada ladera de un monte rocoso que se levantaba al otro lado del lago. Allí se establecería el joven Benito, quien sería alimentado por Romano con una cesta que hacía descender por los acantilados que lo separaban de la cueva, ciertos días de la semana, acercándole algunos trozos de pan que él retiraba de su propia comida para no advertir a sus compañeros de la presencia del desconocido anacoreta. Una suave campanilla alertaba al ermitaño de la llegada de los manjares...

Durante un largo tiempo permaneció escondido allí, sin más compañero que un cuervo, tal como el que solía acompañar al Profeta Elías, guía desde siempre de los monjes cristianos, por su vocación eremítica. Solo que en este caso, en lugar de traer comida, venía a compartir con Benito sus frugales mendrugos de pan y agua.

---

<sup>1</sup> “*San Benito de Nursia*”, Pieter Van der Meer, Editorial Carlos Lohle.

Vestido con unos harapos hechos por Romano con pieles de animales, se fue fraguando en aquella especie de nido de águilas perdido entre los riscos de los montes de Subiaco, esa gran alma que luego sería cabeza de una prole interminable de hombres consagrados a la búsqueda de Dios. Estaba recorriendo, sin saberlo, la misma senda que en los siglos anteriores habían recorrido en los desiertos de Egipto quienes serían luego inspiración de su gran obra monástica: Los Padres del Desierto.

Aunque el alma de Benito se saciaba en la soledad, Dios le tenía preparados otros yermos. Y así fue que un día su presencia dejó de pasar inadvertida. Se sabe, como dicen en India, que donde hay miel poco tardan en llegar las abejas, y donde hay un hombre de Dios, no pasa mucho sin que acudan los sedientos a beber de su manantial. Y así fue con Benito, que como a Cristo, fue primero visitado por los pastores: las almas simples son siempre las primeras que escuchan el llamado. Con éstos comenzó a compartir consejos espirituales y sabiduría de vida, mientras su propia alma continuaba ascendiendo la luminosa y a la vez escarpada senda que su cuerpo había transitado alguna vez: esa senda que San Juan de la Cruz describiría tapizada reiteradamente por la palabra Nada y que increpa al hombre de Dios a desprenderse del lastre, por más pegado que esté a su alma, para poder seguir ascendiendo. Pero

los 20 años le llegarían con la coronación de la paz, no la que nace de la ardua lucha ascética, sino la que el descenso de la gracia del Señor implanta en los corazones de sus hijos dilectos. Así fue que por tres años, perdido en una cueva en la ladera de una desconocida montaña unos 60 kilómetros al sur de Roma, escrutando los misterios de su propia alma, y “despellejándose” frente al Señor, se forjó uno de los más importantes maestros de vida espiritual.

El fruto parecía estar maduro, y por ello, al morir su viejo abad, los integrantes de la vecina comunidad de Vicovaro lo llamaron para reemplazarle. A pesar de sus reiterados rechazos, ya que prefería permanecer en la dialogante soledad que le acompañaba, no tuvo más remedio que consentir por misericordia con la solicitud de aquellos aspirantes a monjes. Aspirantes que no pasarían de tales, pues no pudieron resistir la seriedad de búsqueda que Benito intentó enseñarles en su primer ensayo de guía espiritual. Rechazado, luego de que intentaran envenenarlo, retornó a su cueva en Subiaco sin perder la esperanza en la misión que había recibido de Su Señor.

Y emprendió la fundación de sus primeros 12 pequeños monasterio, en la misma comarca. Uno de ellos aún permanece, construido sobre la misma ladera de la montaña en la que Benito había vivido recluido, tal como vemos en la foto.

Junto a los hombres que comenzaron a poblar aquellos primeros cenobios, esto es monasterios de vida en común, tejería Benito una de las mayores sabidurías monásticas que el hombre ha desarrollado. Toda ella centrada en un lema que suele estar inscripto en el portal de todo monasterio benedictino aún hasta el día de hoy: ORA ET LABORA. Años más tarde se traslada a la planicie de Monte Cassino, entre Roma y Nápoles, adonde también se establece primero como ermitaño, y luego sobre las ruinas de un antiguo templo dedicado a Apolo, construiría una de las mayores abadías de la historia, que permaneció en pie desde el año 530 hasta que fue bombardeada en ocasión de la Segunda Guerra Mundial.

Desde ella, un San Benito ya maduro, aquilatando la experiencia del conocimiento de su propia alma y las de sus congéneres, concretaría el gran sueño de su vida. Sueño que labra inspirado en la lectura de las *Instituciones* y las *Colaciones*, en las que el asceta rumano Casiano relata sus experiencias durante 7 años conviviendo con los Padres del Desierto un siglo antes que Benito. Con su ordenación sacerdotal en Roma, Casiano se convertiría en una influencia directa sobre el naciente monasticismo occidental.

Y así inspirado, compone Benito su único escrito: “*La Santa Regla*”, manual de la vida espiritual destinado a la forma-

ción de los monjes habitantes de sus monasterios. Allí proclama:

1. *“Vamos a instituir una Escuela de Servicio Divino”*: esa será para Benito la característica de todo monasterio. Exhorta en su prólogo:

*“Levantémonos, pues, de una vez, ya que la Escritura nos exhorta y nos dice: “Ya es hora de levantarnos del sueño”. Abramos los ojos a la luz divina, y oigamos con oído atento lo que diariamente nos amonesta la voz de Dios que clama diciendo: “Si oyeren hoy su voz, no endurezcan sus corazones”. Y otra vez: “El que tenga oídos para oír, escuche lo que el Espíritu dice a las iglesias”. ¿Y qué dice? “Vengan, hijos, escúchenme, yo les enseñaré el temor del Señor”. “Corran mientras tienen la luz de la vida, para que no los sorprendan las nieblas de la muerte”.*

Inspirado como vemos en la frecuente lectura de la escritura, concebirá al monasterio como un espacio de aprendizaje y santa convivencia, en el que el lema ORA ET LABORA será su signo distintivo. Por un lado se concibe que, al igual que todo otro hombre, el monje tiene una profesión, un oficio y este es el OFICIO DIVINO, esto es la oración. Y por lo tanto, toda la vida del monje gira, dentro del monasterio, en torno de la oración, llevada a cabo en el templo central en forma comunitaria en los



7 horarios centrales que acompañan el día: laudes-vigilias, prima, tercia, sexta, nona, vísperas y completas. Esta oración además, siguiendo el principio agustiniano de que “*quien Ora Cantando Ora dos veces*”, se hace siempre cantando y es el origen del canto gregoriano, pero ese será el motivo para otro artículo.

El resto del día será dedicado por el monje a trabajar, con objeto de mantenerse y conseguir su subsistencia con el trabajo de sus manos. Por ello es que los monasterios están enclaustrados en ambientes rurales que permitan, por un lado un espacio apropiado para el desarrollo de una vida de oración, y por otro, el trabajo del monje con la tierra. Vida interior y vida exterior deben ir equilibrados, respondiendo a los dos mandamientos centrales señalados por el Señor: “*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Éste es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo*” (Mateo 22:37-40).

2. En el Capítulo IV de la Regla, Benito se propone describir los instrumentos del Arte Espiritual que han de guiar al alma en ese despertar. La regla comienza pidiendo: “*ESCUCHA, hijo, los preceptos del Maestro, e inclina el oído de tu corazón*”. Sabe Benito que sólo cuando el corazón está inclinado

para escuchar, puede el discípulo comenzar el camino, camino que podrá recorrer de la mano de su padre espiritual, su *abba* al decir de los padres del desierto, y que en los monasterios se transformará en el Abad. Estos principios están encabezados por los dos mandamientos de Jesús, y desde ellos, desenvuelven una sabiduría práctica, pedagógica y profunda, que permita, en el seno de la convivencia fraternal del monasterio, concretar su plan espiritual: *“Cuando progresamos en la vida monástica y en la fe, se dilata nuestro corazón y corremos con inefable dulzura de caridad por el camino de los mandamientos de Dios”*.

3. Un corazón así ensanchado trabaja por el bien de Dios y de sus hijos, por ello los monasterios fundados por Benito se convirtieron en focos de servicio a lo largo y ancho de la Europa devastada por las invasiones bárbaras. Fueron llevando cultura, civilización, salud y alimento a las poblaciones diezmadas, insertándose en ellas no como simples claustros de encierro de sus habitantes sino focos que irradiaron la prístina enseñanza de Jesús, guiados por el Salmo 113 que Benito toma en el prólogo de la Regla como lema a imitar: *“No para nosotros, Señor, no para nosotros, sino para la gloria de Tu Nombre”*.

4. San Benito que al morir había fundado unos pocos monasterios, vive hoy día a través de su obra y su Regla, no solo en los cientos de monasterios de la Orden Benedictina sino también en el de sus múltiples reformas a lo largo del tiempo: trapenses, cistercienses, camaldulenses, y otras ordenes menores. Y los principios del arte espiritual que desarrolla han sido el pan del que millones de almas se han alimentado durante los últimos 15 siglos, anhelosos de practicar *“la caridad fraterna, la reverencia a Dios con Amor, el amor al padre espiritual con una caridad sincera y humilde, y no anteponer nada a Dios”* (Cap. 72 de la Regla).

*Por el Prof. Gustavo Canzobre  
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*

---